

Superviviente afortunado

«Ojú, qué frío...» *Los andaluces*

José Hierro

Parece que, efectivamente,
lo peor era el frío
en aquellas tierras altas del norte,
áridas y sombrías,
donde la primavera empiza en junio.
Al menos
eso opinó después Francisco,
que también se quejaba del hambre.
«Comíamos —decía—
serrín mojado en agua,
cuero reblandecido,
todo lo masticable lo comíamos,
el hambre es mal asunto...»

Y sonreía.

Hablaba poco de eso.
La historia de su ex-ojo izquierdo
no pudo silenciarla
porque era demasiado evidente
aquella cuenca roja y deformada,
como una cicatriz todavía abierta,
llorando por su cuenta todo el día.
De sus palabras dedujimos

—fue un relato confuso:
estaba como avergonzado, ansioso
de sonreír de nuevo—
que un guardián derribó de un puñetazo
al tal Francisco, y luego
intentó golpearle
con la culata del fusil,
pero le dió a una piedra
y de rebote le vació el ojo.

«Esas cosas pasaban diariamente.»

Y sonreía

—aunque la cuenca proseguía su llanto—,
disculpándose a él, al guardia, a todos.

Transcurridos seis años,
de vuelta en su ciudad,
recuperó su empleo de auxiliar en la banca.
Nunca más volvió a hablarnos del pasado.
Le entusiasmaba el fútbol
y de eso sí charlaba a cualquier hora.
Incluso iba al estadio los domingos
—«como en tiempos normales», comentaba
frotándose las manos—
a animar a su equipo,
que entonces militaba
en la Segunda División de Liga.

Encontró una pensión
barata. Su cuñada
—la viuda de su hermano—
le lavaba la ropa
y lo invitaba a merendar algunas tardes
—según las malas lenguas
lo invitaba a algo más que a bocadillos.

Había heredado de su hermano
—además de esos pálidos rescoldos
de un imposible hogar—
dos o tres trajes en buen uso,

unas gafas ahumadas,
el reloj de pulsera y un mechero.
A veces bebía vino con amigos
de antes de la guerra.
En esas ocasiones
mostraba un optimismo desusado,
canturreaba incluso antiguas habaneras.
(En cambio,
aquella especie de cicatriz roja,
estimulada por el vino,
derramaba más lágrimas que nunca).
Si miraba el reloj,
una inconsciente asociación de ideas
lo ponía melancólico;
se cambiaba la lágrima de ojo,
suspiraba y decía:
«Mi pobre hermano...
—había muerto de un tiro en un combate—
...no tuvo tanta suerte como yo».

Nunca supo, en el fondo, si hablaba de verdad
o quería simplemente consolarse a sí mismo.

ANGEL GONZÁLEZ
(1963)